

festación extraordinaria del Poder y Providencia de Aquél que, «tactus dolore cordis intrinsecus, delebo, inquit, hominem, quem creavi, á facie terræ, ab homine usque ad animantia... Ecce ego adducam aquas diluvii super terram, ut interficiam omnem carnem.» (1)

Que el Todopoderoso acostumbra á poner en juego los agentes naturales, modificando á veces su tiempo ó su intensidad y condiciones, si la malicia ó bondad de los hombres así lo requieren, no lo pondrá seguramente en duda quien sepa cómo fueron destruidas las cinco ciudades malditas que estaban situadas en el valle de Siddim. En ello intervinieron sin duda considerables manifestaciones volcánicas, que en un grado más remiso se han ido dejando sentir en aquella región hasta nuestros mismos días (2); sin embargo, el Señor parece modificar la extensión y el tiempo del cataclismo, en atención á Lot, que le suplica no sea destruida la ciudad de Sedor. «Ecce etiam in hoc, le dice (3) suscepi preces tuas, ut non subvertam urbem pro qua locutus es. Festina et salvare ibi: quia non potero facere quidquam donec ingrediaris iluc.»

(1) Genes. VI, 6, 7, 17.

(2) V. Lartet, *Comtes rendus de l'Académie des sciences* t. LXII, p. 799.

(3) Genes. XIX, 21, 22.



CAPÍTULO V.



UNIVERSALIDAD DEL DILUVIO.



DEMOSTRADA ya, hasta la última evidencia, la realidad del diluvio, é investigadas sus causas, nos resta examinar ahora las cuestiones referentes á su universalidad. Cuestiones por cierto bien intrincadas y que, á fuerza de debatirse y ventilarse, acabaron por quedar en mayor confusión que nunca.

Las opiniones antiguas no satisfacen á las exigencias modernas, y estas van siendo tantas y tan caprichosas, que no es posible llevarlas, sin renunciar por completo á los fue-

ros de la verdad; y ni aun así podían quedar todas complacidas.

Varias son las hipótesis que se disputan el terreno y pretenden dominar, dentro de la ciencia ortodoxa; pero todas ellas pueden reducirse á tres principales:

1.^a *Hipótesis de la universalidad absoluta del diluvio.* Afirman los que esta siguen, que las aguas inundaron completamente toda la tierra, hasta el punto de cubrir las más elevadas montañas, sin exceptuar ninguna. Reconocen pues una *universalidad geográfica perfecta*, entienden literalmente toda la descripción bíblica, y sostienen que no se salvaron más hombres ni más animales terrestres, que los contenidos en el arca.

2.^a *Hipótesis, de la universalidad restringida á toda la tierra habitada por el hombre.* Creen sus numerosos partidarios, que las palabras del Génesis no se deben entender del todo á la letra, y que Moisés sólo quiso decir que todos los hombres, sin más excepción que las ocho personas encerradas en el arca, fueron exterminados por las aguas del diluvio; pero no que éstas hayan cubierto absolutamente toda la tierra. Suponen que mayor ó menor parte de la que estaba aún sin habitar por el hombre, quedó libre de la inundación, y en consecuencia, que diferentes animales terrestres se pudieron allí salvar; admiten pues solamente la *Universalidad etnográfica*, pero no la *geográfica*.

3.^a *Hipótesis de la no universalidad en cuanto á la misma tierra habitada por el hombre.* Creen, los que esta siguen, que existen aún razas humanas, que no provienen de Noé; *niegan pues hasta la universalidad etnográfica.*

Como se ve, dentro de estas dos últimas hipótesis pueden haber muchas diferencias. Unos admiten mayor ó menor espacio de tierra, libre de la inundación, y más ó menos especies de animales preservadas; otros cohartan ó extienden á su placer el número de hombres antediluvianos, que dicen perseveran aún.

En todas ellas notamos muchas razones *á priori*, que prueban muy poco en la materia, donde deben decidirlo todo los hechos reales y positivos. De estos se aducen muy pocos, y esos inciertos ó muy confusos, y mal determinados, cuando no son hipotéticos ó falsos completamente.

Así es que no podemos estar del todo conformes con ninguna de las referidas hipótesis, por más que algunas, á primera vista, nos han complacido bastante. Porque al buscar en ellas hechos seguros é incontrovertibles, las vimos carecer de todo fundamento sólido.

~~~~~

ARTÍCULO I.  
INTERPRETACIÓN DE LOS HECHOS.

**P**OR eso nosotros nos hemos decidido desde un principio á exponer, lo más fielmente que nos fuera posible, todo cuanto de positivo y real se encuentra en la Biblia, en la tradición, en la historia y en las ciencias, con respecto á la gran cuestión, que ahora nos preocupa; y esperábamos que, mediante todos esos datos, quedara resuelta por sí sola. Los hechos escritos en la Biblia por mano de los Profetas inspirados de lo alto, y los escritos, en el fondo del corazón humano y en las extensas páginas de la naturaleza, por el dedo mismo de Dios, esos son los que por sí solos deben decir en cuestión tan trascendental y tan complicada.

§. I. LOS HECHOS CONFIRMAN LA UNIVERSALIDAD ETNOGRÁFICA ABSOLUTA Y LA GEÓGRÁFICA RESTRINGIDA.

**S**i no hubiera más datos que los consignados en la narración bíblica, la hipótesis de la universalidad geográfica, se nos impondría casi forzosamente (1). Parece im-

(1) Decimos, *casi forzosamente* y no *forzosamente*, porque,

posible que tanto el Génesis como los demás libros de la Escritura, que nos hablan del gran cataclismo, se pudieran expresar de una manera más terminante.

Por otra parte la maravillosa y casi perfecta conformidad que reina entre los expositores antiguos, en entender aquellos pasajes al pie de la letra, nos fuerza á mirar la mencionada hipótesis, con suma veneración, ya que no haya motivos suficientes para considerarla como verdad dogmática.

Muchas y muy sólidas razones debemos tener, según las sanas leyes de Hermenéutica, para que, en todo ó en parte, nos atrevamos á desecharla. No bastan las decantadas exigencias de la ciencia, que son á véces tan caprichosas y tan infundadas, como todas las opiniones prematuras; es preciso hallar verdaderas decisiones definitivas, auténticas, inapelables; en una palabra, verdades científicas rigurosamente demostradas, y que sean en realidad incompatibles con aquella venerable opinión, para que tengamos derecho á separarnos de ella; y esto solamente en aquellos puntos en que la veamos en oposición con alguna verdad legítimamente reconocida. Pues si estamos siempre obligados á admitir el sentido literal, mientras no ofrez-

como veremos muy luego, es preciso tener en cuenta además, que los libros sagrados se expresan también en otros lugares de una manera absoluta, y sin embargo, todos los intérpretes convienen en entender las palabras en un sentido limitado.

ca algún absurdo, ¿cuánto más lo estaremos en el presente caso, en que tantas y tan respetables autoridades lo confirman?

Por lo tanto, si los demás hechos de la tradición, de la historia y de la ciencia, no se oponen evidentemente á aquella interpretación, estaremos precisados á seguirla en un todo; mas si se oponen, y son en realidad auténticos y del todo ciertos, nos podremos ya libremente separar, si bien sólo en aquellos puntos en que reina la oposición.

Investiguemos pues tranquilamente estos hechos; porque la razón humana es muy libre para indagar en todas partes la verdad, y para abrazarla siempre que esté bien reconocida, sin preocuparse lo más mínimo de si contradice ó no contradice á otra (1), porque semejante contradicción sería tan sólo aparente ó imaginaria, que una verdad jamás puede contradecir á otra verdad, y entre todas ellas reina la más sorprendente armonía (2). De lo que debemos preocuparnos es

(1) V. Cardenal González, *La Biblia y la Ciencia*. Prólogo, p. XXIV; Vigouroux, *Manuel Biblique*, t. I, p. 78. «Nec sane ipsa (Ecclesia) vetat ne hujusmodi disciplinae in suo quaeque ambitu propriis utantur principiis et propria methodo.» Conc. Vatic. *Con. de Fide*, C. IV.

(2) «Etsi enim fides sit supra rationem, nulla tamen vera dissensio nullunque dissidium inter ipsas inveniri unquam potest, cum ambae ab uno eodemque immutabilis aeternaeque veritatis fonte, Deo O. M. oriantur.» Pio IX, *Encíclica* del 9 de Noviembre de 1846.

de saber si todo eso que nos parece verdad, lo es tan realmente como á uno se le figura.

Fijémonos primeramente en la tradición. En ella podemos descubrir varios hechos incontestables, que parecen confirmar la primera hipótesis, y que evidentemente condenan la 3.<sup>a</sup>. Aparte de la realidad del diluvio, que todas las tradiciones confirman de la manera más clara, vemos confirmadas también irrefragablemente por ellas: la causa moral del gran cataclismo, la perversidad de los hombres; las causas físicas mediata é inmediata, conviene á saber, la mano vengadora de la divinidad, que quiere purificar la tierra de todas las inmundicias, y las espantosas lluvias junto con la invasión de la mar, que son los medios de que se valió para ejecutar la venganza. Y por fin resulta comprobada perfectamente la universalidad etnográfica de la prodigiosa inundación, y casi, casi, hasta la misma geográfica.

En efecto, de cuantas tradiciones se pueden aducir como auténticas y dignas de fe, no sólo en la verdad fundamental, sino también en sus principales detalles, no hay una sola que desmienta ninguno de los hechos que acabamos de consignar; antes casi todas ellas los afirman con insistencia y con energía. Semejante conformidad en tantos detalles de un acontecimiento antiquísimo, existiendo entre las gentes más apartadas y que menos relaciones han conservado entre sí, es de to-

do punto inexplicable, inconcebible, si no se reconoce la realidad de todo eso en que convienen.

El Génesis lo dice claramente, sin ambigüedades ni reticencias; lo repite y amplifica para que no quede la menor sombra de duda; las tradiciones fieles hablan todas el mismo lenguaje, sin que los siglos ni las generaciones hayan podido desfigurarlo; y siendo acordes tantos y tan variados como antiquísimos testigos, ¿podremos no dar fe á los hechos que con tanta conformidad é insistencia deponen todos á la vez?

Cierto que algunas muy desfiguradas tradiciones parecen prescindir de algunos de ellos; pero en esas es fácil ver miles de circunstancias del todo inverosímiles y absurdas; las cuales separadas, parece que aquellos hechos entran por sí mismos en el cuadro de la relación. Y aun cuando así no fuera, una tradición evidentemente infiel, errónea en la inmensa mayoría de los detalles y que ha mezclado y confundido con la memoria de la gran catástrofe universal, el recuerdo de otras varias locales, no se puede aducir como argumento, ni siquiera negativo, en contra de los hechos muy verosímiles y racionales que publican á una voz todas las relaciones íntegras, auténticas y bajo todos conceptos dignas de fe.

Siempre resultará cierto que el diluvio lo causó la Divinidad irritada con la malicia de

los primitivos hombres; y que las aguas de la atmósfera y de la mar se lanzaron sobre la tierra, á fin de purificarla y regenerarla; que de toda la especie humana sólo se salvaron algunos individuos que habian agradado al Cielo, y esos por un medio providencial, á fin de que de ellos naciera una nueva raza más justa.

Todos los hombres, que ahora viven, provienen de aquellos que, en medio de la universal inundación, se salvaron en una gran arca ó navío, que después de flotar sobre las ondas de aquel inmenso mar que cubría la tierra, vino á detenerse en una elevada montaña. Todos nos dicen que son hijos de los justos protegidos por el Cielo y salvados providencialmente del gran cataclismo. No hay uno solo que no nos dé claro testimonio de su regeneración y de la nobleza del segundo nacimiento. Si pues todos nos atestiguan que tienen por padre á un Noé, querido de Dios, ¿con qué derecho podremos negarles esa gloria tan señalada? ¿Nos atreveremos á insultarlos groseramente, llamándolos hijos de aquellas primeras razas proscritas, degradadas y maldecidas?

El diluvio fué universal, por lo menos en cuanto á toda la tierra poblada por la especie humana; pues todos los hombres, que existen hoy, se acuerdan de él, y saben que uno de sus progenitores se salvó maravillosamente en medio de tantas aguas. ¿Cómo po-

drían recordar el gran cataclismo, cómo podrían tenerlo grabado tan profunda y tan indeleblemente en la memoria, si no hubieran experimentado sus prodigiosos efectos, y si no hubieran sido, de alguna manera, sus víctimas? El diluvio se produjo para castigo y para escarmiento: los hombres que no perecieron en él, recibieron la más terrible y la más imponente y memorable lección, que se ha dado á la humanidad. Todos lo presenciaron pues, y experimentaron sus prodigiosos efectos; todos nos atestiguan que fué universal, por lo menos en cuanto á la tierra habitada.

Siendo tan claros y tan ineludibles los hechos unánimemente consignados por la Biblia y por todas las tradiciones fieles y auténticas, nos vemos forzosamente precisados á admitirlos, á menos que la ciencia nos presente otros todavía más claros y más positivos en contra. No basta que nos ofrezca alguno que otro, más ó menos incierto ó inseguro, en que los mismos sabios no convengan, ó si lo admiten unánimemente, lo hacen con cierto temor, y esperando que se dilucide más tarde; es preciso que la ciencia haya dicho definitivamente su última palabra, y haya logrado imponer silencio en todos los ánimos, dejándolos plenamente convencidos. Hechos científicos que reúnan semejantes condiciones, preciso es reconocer, que son muy escasos; y sin embargo son los únicos

que pueden tener valor, en presencia de otros tan positivos y ciertos como los que acabamos de consignar. ¿Existe pues en realidad alguno que los contradiga manifestamente? En vano lo buscaremos. Cuantos se han podido aducir, lejos de ofrecer la más mínima oposición, los confirman y garantizan, y hacen resaltar admirablemente la absoluta verdad de todos los hechos bíblicos, tradicionales é históricos, que hemos reseñado, como ciertos y del todo seguros.

Hemos visto cómo la prodigiosa inundación, que la Geología nos muestra hasta la evidencia, como acaecida antes de la edad del reno, ocupó toda la tierra á la vez, dejándola cubierta de lodo, hasta una altura, por lo menos, de 1500 metros en Europa y de 3500 en el Asia. El diluvio fué pues universal, aun geográficamente, puesto que recubrió todo el globo, si bien esa universalidad no aparece completa y absoluta, puesto que no se han hallado señales de que todas las montañas, sin excepción, fueran inundadas hasta su cima. Hé aquí el primer hecho geológico, que consignamos, y, en consecuencia, la primera cuestión resuelta; *la universalidad geográfica*, al parecer, *restringida, del diluvio*.

Otro hecho es la interrupción notabilísima de la industria humana en Europa, y su completa sustitución por otra nada parecida y sin comparación más avanzada, cual es la de la época de la Magdalena, que coincide en un

todo con la edad del reno. Dejamos en su lugar comprobado, hasta la última evidencia, ese cambio tan notable y tan radical en las industrias, que coincide precisamente con la gran inundación, y que no puede menos de ser efecto de ella. Semejante cambio supone otro análogo en nuestras razas. Y en efecto, la Antropología naciente se apresura á ofrecernos su testimonio, y á rendir tributo á la Biblia, diciéndonos ya, de una manera la más clara y terminante, una verdad irrecusable y de capital trascendencia, una verdad, quizá la primera que ha logrado establecer firmemente, y que es la más brillante confirmación de la universalidad etnográfica del diluvio.

La raza de Canstadt, la única que existió en Europa antes de la edad del reno, según dejamos probado, se hallaba por completo extinguida cuando apareció la de Cro-Magnón. Esta, á la cual pertenece la avanzada y progresiva industria de la Magdalena, y que tan lucidas muestras nos ha dejado de su inspiración artística, en los maravillosos grabados que supo ejecutar en placas de marfil ó de asta de ciervo, y en todos los numerosos, variados y, á la vez, preciosísimos objetos, que fabricó de las mismas materias; esa raza, que es la admiración del arqueólogo, es incomparablemente superior á la degradada y miserable de Canstadt. Esta no ha dejado la menor señal de existencia, en toda la época de la Magdalena, ni en todo lo restante de la

edad paleolítica, ni mucho menos en la neolítica; no nos ha dejado siquiera un hueso, ni un mal tallado sílex, que nos atestigüe su grosera y menos que rudimentaria industria. Desapareció por completo, y sólo en nuestra edad ha podido hallarse alguno que otro tipo aislado, rarísimo y *aberrante*, que se le parezca de una manera remota. Ha sido forzoso salir de los continentes, para poder encontrar sepultado en el Pacífico, en una pequeña tribu de Adelaida, un insignificante grupo humano, que guarda una ligera y mal fundada analogía con aquella desdichada raza, proscrita en toda la tierra.

Entre tanto la de Cro-Magnón, la de Grenelle y todas las demás que han penetrado en Europa después de entrada la edad del reno, permanecieron puras, y relativamente numerosas hasta la época de la piedra pulimentada; permanecieron en adelante más ó menos puras, más ó menos fundidas con las razas nuevas, y permanecen de esa manera hasta nuestros días.

Hemos visto y comprobado cómo, si se prescinde de la de Canstadt, todas las demás que han venido á Europa, nos es fácil hallarlas aun hoy en abundancia, y reconocerlas, no pocas veces, en su completa pureza, y más frecuentemente mezcladas unas con otras.

La de Canstadt es la única que no reaparece ni pura ni mezclada; y si se cita algún caso rarísimo y excepcional, aparte de estar

aún muy mal comprobado, sólo nos probará á lo sumo un atavismo remoto, del cual conocemos muchos ejemplos (1). La raza de Canstadt se ha extinguido enteramente; se ha extinguido en toda la tierra aquella raza vil é ignominiosa, que era la única que poblabá nuestro continente, hasta terminada la edad del *Elephas primigenius*. Su extinción era completa al empezar la edad del reno, y coincide con el gran cataclismo, con la universal inundación que entonces experimentó el orbe. Esto es un hecho científico y ya muy bien comprobado. ¿Qué consecuencia se sigue de ahí? Se sigue, por de pronto, que entonces perecieron repentinamente todos los hombres de Europa, y que aquella raza quedó exterminada á la vez en toda la tierra. Ahora bien, la inundación universal, que le hizo perecer á ella, no es nada probable que no exterminara también á las otras; todas, por ley natural, debieron correr una misma suerte; todos los hombres perecieron, cuando pereció la raza de Canstadt.

Se nos pedirán de ello pruebas directas, pero la Antropología está aún en este punto muda; cuando hable, seguros estamos de lo que dirá. Por de pronto nada dice en contra, y los hechos firmísimos de la Biblia y de la tradición campean.

La universalidad etnográfica del diluvio queda por lo tanto plenamente confirmada.

(1) V. Quatrefages, *Races humaines*, p. 156 y siguientes.

Tenemos, pues, que las aguas de aquella gran inundación recubrieron toda la tierra, si se exceptúan, á lo sumo, algunas montañas muy elevadas, y que, como los hombres no podían habitar en éstas, ni tampoco en su proximidad, por estar recubiertas de glaciares, tuvieron que perecer todos sin excepción (1), como nos consta positivamente que pereció la raza de Canstadt; tenemos, en una palabra, la universalidad geográfica restringida y la etnográfica perfecta.

En Europa, tanto la Geología, como las llamadas ciencias prehistóricas, nos fuerzan ya á reconocer esta verdad. En los demás países del globo, la Geología reconoce el mismo hecho; la Prehistoria apenas si existe allí

(1) Los hombres cuaternarios primitivos, es decir, anteriores á la edad del reno, vivían por lo común, cerca de los grandes ríos, y rarisimas veces en algunas cavernas inmediatas á los hondos valles y riberas; pero nunca en las montañas elevadas, porque el frío de los glaciares no lo permitía. Hallando cerca de los grandes ríos un clima muy benigno y toda clase de alimentos, en relativa abundancia, no podían salir de allí para irse á establecer donde el clima era en extremo riguroso, y donde todos los alimentos escaseaban. Por eso quedaron sorprendidos por las primeras inundaciones, y si algunos subieron á las montañas inmediatas, como estas no eran muy considerables, luego fueron invadidas y cubiertas por las aguas. Posible es sin embargo, que ciertos hombres hayan podido acertar á subir por las grandes cadenas de montañas que no fueron en un todo recubiertas; pero perseguidos por las impetuosas lluvias, ateridos con el intenso frío de los glaciares y, por fin, estenuados por el hambre, no tardarían en perecer, cumpliéndose lo que dice Ovidio (*Metamorph.* 1. I.): "El hambre lenta y cruel devoró á los que habían sido despreciados por las ondas."



en embrión y, por lo tanto, aún no puede decir nada de una manera positiva; pero fácil nos es suponer lo que podrá decir de fijo más adelante, una vez que otra ciencia más competente ha emitido su último fallo. «Cuando se depositaba la arcilla roja (loes) no había hombres en Europa, que estaba toda inundada.» Y otro tanto debió acaecer en todos los países del mundo, pues en todos semejante formación se verificó por lo menos con la misma intensidad que en nuestro continente, siendo de notar que en el Asia adquiere una potencia incomparablemente superior. Debemos decir pues, que, *al depositarse el loes, lo cual acaeció entre la edad del E. primigenius y la del reno, no había hombres en toda la tierra, pues toda ella estaba cubierta por las aguas.*

Este es un hecho geológico incontrastable.

Las ciencias prehistóricas están, como hemos dicho, muy poco adelantadas todavía, pero aun cuando se hallaran en su apogeo, si bien estamos muy persuadidos de que confirmarían esta verdad á su modo, no podrían expresarse de una manera tan explícita y categórica. En el Asia, por ejemplo, una vez que sabemos que se salvó una raza, conservando su muy floreciente industria, en vano buscaremos la completa interrupción y sustitución de todas las industrias y de todas las razas. Pero podremos hallar y hallaremos sin duda con el tiempo, la extinción perfecta de algu-

nas de ellas. Otro tanto podemos decir de los demás países, de los cuales no sabemos quienes fueron sus moradores antediluvianos; pudieron ser de la misma raza que Noé, y poseer muy semejante cultura; y entonces acaecerá un fenómeno muy análogo al que debe acaecer en el Asia.

De todos modos, tenemos que la Geología demuestra la universalidad etnográfica del diluvio; y las ciencias prehistóricas la demuestran también, por lo menos con relación á Europa; por lo que hace á los demás países, si no la han acabado todavía de demostrar, nos inducen poderosamente á creerla y reconocerla, en virtud de una bien fundada analogía. (1)

¡Cuán equivocados están, pues, los queniegan esa universalidad, apoyándose tan sólo en las llamadas exigencias de la ciencia! Y la ciencia nada dice en contra, antes la Geolo-

---

(1) Si la Antropología no nos puede decir apenas nada con respecto á los otros países, porque aún no se ha descubierto en ellos quizá ningún resto fósil del hombre, auténticamente primitivo; en pago, la Arqueología nos lleva á aplicarles las mismas conclusiones que rigurosamente deducimos para Europa; pues se han hallado en muchos puntos del Asia, y en algunos del Africa y de América, bastantes sílex del tipo Acheuliano, propio, entre nosotros, de la raza de Canstadt; y siempre han aparecido en depósitos anteriores á la formación del loes, ó á lo sumo dentro de este; pero nunca en los que son posteriores. Con esta formación desaparecieron pues en todas partes las razas que cultivaban la industria Acheuliana. V. Quatrefages, *Races humaines*, p. 77 y sig.

gía la demuestra rigurosamente, y la Prehistoria la confirma de una manera poderosísima.

§ II. LOS HECHOS SON INCOMPATIBLES  
CON LA UNIVERSALIDAD GEOGRÁFICA  
ABSOLUTA.

Por lo que hace á la universalidad geográfica, debemos examinar la cuestión detenidamente. Hemos dicho que la Geología la demostraba, pero no como absoluta, pues no nos puede probar que hayan sido recubiertas todas las montañas. Ahora debemos añadir que puede demostrar además que esa universalidad debe entenderse de una manera restringida; puesto que puede probarse rigurosamente que varios puntos de la tierra no fueron de seguro inundados por las aguas.

Es un hecho que todos los animales de la época actual son, en todos los países, los continuadores de los que vivían al principio de la era cuaternaria, sin más diferencia que haber emigrado algunos tipos hacia el medio día y haber quedado otros extinguidos completamente. Las grandes diferencias que existen ahora entre las faunas de unos y otros continentes y de unas y otras islas, existían casi tan profundamente marcadas desde el principio del período cuaternario. Entonces, como ahora, el antiguo mun-

do era el país clásico de los carnívoros; la América del Norte, el de los herbívoros; la del Sur, el de los desdentados; Australia, el de los marsupiales; Nueva Zelanda, el de las aves corredoras, y en fin, Madagascar, el de estos últimos y los lemúridos. Las faunas actuales de todos los países están íntimamente relacionadas con sus faunas cuaternarias, como que descienden directamente de ellas (1).

Estos hechos son inexplicables, si se admite que todos los animales no encerrados en el arca perecieron, pues aparte de las gravísimas dificultades que ofrece la conducción de todas las innumerables especies á donde estaba Noé, el poderlas encerrar en un espacio relativamente pequeño y el mantenerlas durante un año, no se puede explicar la manera cómo volvieron todas directamente á su punto de partida. Y no hay que invocar, en este punto, milagros; la Biblia ni los menciona ni nos hace suponerlos siquiera. Sólo nos dice que Noé sacó del arca los animales encerrados en ella, y que de todos los que eran limpios, ofreció sacrificio á Dios. Nada más se nos dice, y lo que podemos y debemos suponer es que los domésticos quedarían en poder de su dueño y los otros marcharían cada

(1) V. Vilanova, *Geología y Paleontología*, p. 580; Lapparent, *Traité de Géologie*, p. 1234; H. Miller, *The testimony of the rocks*, p. 332 y siguientes.

uno por donde más le agradó. Y no podemos imaginarnos que se dirigieran directamente á establecerse en un término fijo: debieron andar errando por una parte y por otra en busca de su respectivo alimento, y á la vez se fueron multiplicando y extendiendo por toda la tierra firme, sin poder pasar más allá, á no ser algunas aves, que podrían llegar hasta las islas vecinas. Conducir todos los animales á su primitiva morada y embarcarlos unos á América y otros á las más remotas islas de Oceanía, es un milagro demasiado grande para que, si hubiera entrado en los planes del Altísimo, lo dejara la Biblia pasar en silencio. Y que no quedara ninguno de aquellos rezagado en tan largo camino, es otro milagro tan grande ó mayor (1). Y sin embargo, como ha hecho notar muy á propósito Cuvier, cuando los Españoles penetraron por primera vez en la América del Sur, no hallaron allí ni una sola especie de cuadrúpedos idénticos á los de Europa, Asia ó África: todos los numerosos desdentados, los titís, los marsupiales, el jaguar, el tapir, eran animales de que ellos no tenían la menor idea.

Se nos replicará por ventura, que entrando en los planes de Dios que todas las especies se salvaran en el arca, debió entrar en ellos también que volvieran á sus respectivos paí-

---

(1) Véase sobre esto al Cardenal González, *La Biblia y la Ciencia*, t. II, p. 629.

ses, de la misma manera que habían venido, pues esto importaba mucho para su conservación. Sin embargo, no basta invocar esos planes, es preciso mostrarlos positivamente. Todos los animales podían hallar, en diferentes puntos del Mundo Antiguo, todas las condiciones que exigiera su particular existencia; podían cómodamente ir á vivir allí, y así se proveía muy bien á su perfecta conservación.

Pero ni aun esto entraba en los planes del Eterno; lo prueban claramente los muchos tipos específicos y aun genéricos extinguidos con el diluvio. Se extinguieron numerosísimas especies con aquella prodigiosa y universal inundación; luego Dios no proveyó á la conservación de todas ellas, por lo menos en los países en que semejante extinción se nota; luego no hay ninguna razón para suponer que, las que en ellos se conservaron, tuvieran que ir milagrosamente al arca, y volver de ella después de la misma manera.

La extinción es un hecho indubitable, y las consecuencias deducidas son forzosas. En casi todo el Antiguo Continente existía antes del diluvio, en prodigiosa abundancia, el oso de las cavernas; después no quedó ni un solo individuo. Con él perecieron, en Europa, el *Felis spelæus*, la *Hyæna spelæa*, los rinocerontes, elefantes y los últimos hipopótamos; pereció probablemente el mismo caballo, abundantísimo en la edad del *E. primigenius*

y que al parecer no volvió á vivir en nuestros países hasta que fué introducido, después de la época neolítica, por los hombres que fueron viniendo del Asia (1); desapareció por fin, el *Cervus megaceros*, con otros varios animales que no es fácil acabarlos de enumerar.

En América había varias especies de gigantes caballos, y todos ellos se extinguieron con el diluvio; se extinguieron los mastodontes, que aun permanecían allí numerosos; se extinguieron todos los elefantes; se extinguieron gigantes desdentados, como el *Megatherium*, *Megalonyx*, *Mytodon*, *Glyptodon*, *Chlamydotherium*, *Pachitherium*; etc.

En Australia perecieron numerosos marsupiales de una talla prodigiosa, y entre ellos el *Nototherium*, el *Diprotodon*, cuyo cráneo tenía un metro de largo, el *Thylacoleo*, del tamaño de un león, algunos herbívoros de la talla del buey y del hipopótamo, etc. En Nueva Zelanda se extinguieron entonces muchas aves corredoras y de un tamaño colosal; los *Palaeopteryx*, *Apterornis*, *Notornis*, numerosas especies del *Dinornis*, etc. En fin, para no prolongar demasiado esta lista de animales extinguidos con el diluvio, sólo añadiremos que en Madagascar pereció entonces también el mismo *Dinornis* y además el

(1) Así lo dió á entender el célebre director del museo de Bruselas, M. Dupont, en el Congreso de Stockolmo.

*Epyornis* que tenía más de cuatro metros de altura, y cuyos huevos podían contener unos 9 litros. (1)

Vemos, pues; en una palabra, que perecieron casi todos aquellos gigantes animales que tanto caracterizaban el período cuaternario, aquellos, cuya mole prodigiosa no les permitía vivir en elevadas alturas ni aun siquiera subir accidentalmente á ellas.

¿Qué debemos deducir de todo esto?—Que es evidente que Dios no veló por la conservación de todas las especies de animales, puesto que muchísimas, y de las más notables bajo todos conceptos, perecieron. Este es un hecho evidente, irrecusable, que nos fuerza á interpretar de una manera restricta las palabras, *toda carne, y todos los animales*, que se encuentran en el Génesis. Por otra parte, este las repite con demasiada insistencia, y nos da bien claramente á entender que se salvaron toda suerte de cuadrúpedos, limpios é mundos, y de aves y de reptiles. Para Noé, como para Moisés, se salvaron seguramente toda clase de animales: en este punto la relación no puede estar más clara y explícita. He aquí pues otro hecho indisputable y confirmado además por todas las tradiciones fieles

(1) V. Lapparent, *Géologie*, p. 1234; Vilanova, *Geología y Paleontología*, p. 579 y 580; Hoernes, *Manuel de Paléontologie*, p. 711 y siguientes; Figuier, *El Mundo antes de la creación del hombre*, p. 154 y siguientes; Cartailhac, *La France Préhistorique*, p. 55, 56; Claus, *Eléments de Zoologie*, p. 214 y sig.